

Tusantla, se pasó á Zitácuaro, y prevalido del carácter sencillo de Lopez se apoderó del mando, y tomó con empeño todas las medidas necesarias para una vigorosa defensa. Empleó á los prisioneros que cogió en la derrota, en que diesen instruccion á la tropa: y á las seguridades naturales que el lugar presentaba por su situacion, añadió las del arte, abriendo una zanja de cinco varas de ancho al rededor de la poblacion, inundándose el hueco por medio de una presa perteneciente á una hacienda cercana. Construyó detras de la zanja un parapeto con doble estacada de tres varas de ancho, y en los parajes accesibles de la línea colocó baterías, aumentando diariamente el número de cañones con la fundicion que estableció; y obstruyó con zanjas y batidas de árboles los caminos que conducian al pueblo, é hizo destruir los forrages y víveres en todas las inmediaciones.

Por la derrota y muerte de Torre echó mano el Virey de las fuerzas que mandaba el coronel Empáran español, y dispuso que á él se le reuniese el Teniente Coronel D. José Castro, los que estaban en Maravatío: y como Calleja llevó á mal, el que sin su consentimiento se dispusiese de una fuerza del ejército de su mando, comenzaron desde entonces las desavenencias, que se fueron despues aumentando tanto; y Empáran despues de penosas marchas, y con cerca de dos mil hombres emprendió el ataque, situándose el 22 de Junio en una loma llamada de los Manzanos; pero convencido, de que las dificultades eran insuperables, y careciendo ya de víveres, y sin esperanza de conseguirlos, resolvió su retirada, la que fué desastrosa, y con el agregado, de que con la fatiga y humedad se le renovó la herida de la cabeza, que tuvo en la batalla del Puente de Calderon, y por lo que se vió á la muerte en el convento del Carmen de Toluca; por lo que solicitó volver á España en la que al fin murió. Tales desgracias, el ataque de Muñiz á Valladolid, y las ventajas que ad-

quiria Morelos en el Sur, infundieron tanta esperanza en los adictos á la insurreccion, que considerando seguro su éxito, intentaron acelerarlo apoderándose en México de la persona del Virey, al que quisieron sorprender el 3 de Agosto en el paseo de la Viga; pero se frustró este paseo por haber sido descubierta la conspiracion, habiéndola denunciado D. Cristobal Morante; por lo que se puso á la tropa sobre las armas, y se aprehendieron los conspiradores, que eran el Lic. D. Antonio Ferrer, D. Ignacio Cataño, D. José María Ayala, Antonio Rodriguez Dongo, Félix Pineda, y José María Gonzalez. Los tres primeros sufrieron la pena capital el 29 de Agosto, y los demas la de presidio. Eran tambien cómplices en esta conspiracion tres religiosos Agustinos á los que se les mandó reclusos al convento de su orden en la Habana. Como este suceso influyó en que se tomaran algunas medidas gravosas y trascendentales, siendo las de que se estrechara á Calleja para el ataque de Zitácuaro, y á que en seguida se dirigiese á la Capital para impedir los progresos que hacía la revolucion en el Sur y Oriente de México, cuyas operaciones exigían gastos crecidísimos, influyó tambien, en que se impusieran contribuciones, y se recogiera la plata labrada, y los caballos de los particulares, prohibiéndoles que los montaran; por todo lo cual se hace aquí mencion de las referidas influencias.

En el entretanto conociendo Rayon, que para dar mayor impulso á su empresa, sería muy conveniente establecer una Junta, á la que se estimase y reconociese como centro de la autoridad suprema, y á la que se le pudiera dar el nombre de Gobierno, dispuso: que se convocara á todos los insurgentes de alguna nota, que entonces habia en aquel lugar y en sus inmediaciones, los que llegaban á trece, para que manifestaran su sentir acerca de lo que se proyectaba, los cuales no solo lo aprobaron con júbilo, sino que en seguida procedieron á votar á los que debían

ser los miembros, que compusieron la Junta, resultando electos, el Lic. D. Ignacio Lopez Rayon para Presidente, y para asociados á D. José María Liceaga, y el Dr. D. José Sisto Verduzco cura de Tusantla, pudiéndose esta aumentar en adelante con dos vocales mas, con lo que se verificó la instalacion en 19 de Agosto, estendiéndose y firmándose en la misma fecha la acta correspondiente. Como semejante proyecto ejecutado casi al mismo tiempo, que se acababan de experimentar las derrotas de Torre y Empáran era un formidable pábulo, y rápido fomento para la revolucion, se consideró como necesidad muy apremiante destruir á toda costa el volcan, que originaría las mas terribles consecuencias; por lo que, el Virey, que se hallaba comprometido y expuesto, le ordenaba á Calleja, el que cuanto antes procediese á atacar la fortificacion; y aunque éste le representaba los inconvenientes, que se seguirian de abandonar á Guanajuato, amagado por las reuniones de insurgentes que lo rodeaban, teniendo que superar grandes obstáculos en el largo espacio de ochenta leguas; lo expuesto que el Reyno quedaria si se desgraciaba la accion, y lo mucho que convenia llenar las bajas del ejército, componer el armamento, y reponer las monturas, todo lo cual demandaba algun tiempo; no obstante estas observaciones, el Virey Venegas cerró los oidos, y le previno, que se pudiese luego en camino; por lo que no le quedó mas arbitrio, que cumplir con una prevencion tan ejecutiva y terminante.

En consecuencia salió Calleja de Guanajuato en 11 de Noviembre con toda la fuerza disponible, que aumentó con el Regimiento nuevamente levantado, y que era conocido con el nombre de los Yedras, de los cuales dejó solo un piquete en la ciudad; por lo que ésta quedó sin otra defensa, que dicho piquete, y las compañías de patriotas, ó realistas, que se habian formado poco antes, y que estaban mal armadas, que carecian enteramente de

disciplina, y sin otro Jefe, que el Intendente Marañon; por lo que no era extraño, que muy pronto se espermentase, lo que se debia esperar en tan apuradas circunstancias. Tan solo habia pasado una semana despues de la salida del ejército, cuando en las alturas de la Capital, que la dominan, apareció Tomas Baltierra conocido con el nombre de Salmeron, el que acaudillaba unos cuatrocientos ó quinientos hombres mal armados y casi desnudos, á los que se les hicieron dos ó tres muertos, por lo cual no llegaron á penetrar en la Ciudad, y se retiraron diciendo, que muy breve volverian con Albino García.

En el dia 23 ó 24 se tuvo noticia, de que éste se hallaba formando una considerable reunion; por lo que se libraron órdenes á Silao y Leon, para que de las fuerzas que habia en ambos lugares, vinieran algunos en auxilio de la defensa: y con el mismo objeto se previno, que las compañías de patriotas, que habia en los puntos avanzados, que eran los minerales de Santa-Ana, Valenciana, Mellado, y Marfil, se reunieran con las de la Capital. En la madrugada del martes 26 subió el referido García con su gente por la presa nombrada de los Pozuelos hasta llegar al Cerro de San Miguel, que domina la poblacion por el lado del Sur, y se situó en la cumbre de esa altura. A la gavilla, que éste acaudillaba, se agregaron muchas fuerzas de los pueblos; rancherías y haciendas del tránsito, la plebe de la ciudad, y los operarios de las minas, componiendo todos cerca de doce mil hombres, los que como no podian caber dentro de la misma cumbre, se fueron estendido por los cerros nombrados de Sirena, del Meco, de la Bolita y otros que están por el lado del Oriente. Los insurgentes desde San Miguel hacian fuego á la plaza mayor, el que causaba poco daño, ya por la distancia, como por el desacierto de las punterías. Los realistas estaban colocados en dicha plaza con un cañon; y aunque el Jefe de ellos era el Intendente D. Fernando de

Marañon, le cedió entonces el mando al Conde de Perez Galvez, Coronel del Regimiento de Dragones del Príncipe, quien montado á caballo, y con el Sargento retirado D. José M<sup>a</sup> Aguirre, que en ese dia funcionaba de Mayor de Plaza, fué el que estuvo dirigiendo la accion. Una partida de los realistas intentó apoderarse de un cañon, que aquellos tenian en la altura, y para el logro de ese intento les ocurrió, el atacar por la espalda la posicion que ocupaban, para lo cual subieron por una vereda muy estrecha conocida con el nombre del Espinazo, la que está como sesenta varas adelante del Cuartel de San Pedro, y termina á poca distancia de la cumbre del Cerro de San Miguel, y que es tan pendiente y dificultosa, que no era extraño, que se hubiera desgraciado la expedicion. El que los dirigía era el español D. Angel de la Riva capitán en el antiguo batallon provincial; y lo formaban los Yedras del piquete, y muchos de los patriotas; pero tan luego que lo notaron los insurgentes, que estaban en la altura, cargaron con tal fuerza sobre los que subian, que los que iban montados rodaban con todo y caballo, sin haber tenido oportunidad de disparar un tiro; por manera, que tan solo pudieron escapar, los que todavía estaban en la entrada, ó en lo mas bajo de aquella escabrosa y empinada cuesta, habiendo perecido hechos pedazos, el referido D. Angel, los españoles D. Juan Gutierrez, y D. Pedro Cobo, juntamente con D. Mariano Zambrano administrador de la mina de Mellado, que como se ha dicho era el capitán de la compañía levantada allí, y por supuesto que tambien murieron casi todos los Yedras.

Tan fuerte derrota y matanza dieron origen á dos consecuencias bastante notables. La una fué, el que orgullosos los invasores bajaron de tropel por la calzada de las Carreras, saquearon varias casas, de las que habia en el tránsito, haciendo lo mismo en la parte de las calles que ocuparon, que fueron la de Matavacas, Cantarranas, el

Campanero y entrada á la de Sopena: y la otra consecuencia fué, que los patriotas reunidos en la Plaza Mayor, sorprendidos con el avance y ocupacion, que se acababan de mencionar, y con la noticia del mal resultado de la expedicion, que se dirigió al cerro del Espinazo, y de la que fueron muy pocos los que pudieron escapar y volver, entraron en tan grande desaliento, que poco á poco fueron desapareciendo y ocultándose; de manera, que á la hora del medio dia, ya no quedaban en la plaza mas que las dos compañías que estaban cerca del principal. Albino García, que ocupaba el Cerro de San Miguel, desde donde se descubrian las fuerzas, que de Leon y de Silao venian en auxilio de la Capital, consideró, que ya no la podria tomar, y que siendo por lo mismo inútil insistir en tal empresa, le pareció conveniente retirarse.

Como á la una y media de la tarde avisó el vigía, que estaba en la torre de la Parroquia, el que por el puente del Rastro, venian los insurgentes avanzando con un cañon, el que condujeron por un lado de la plazuela de San Diego, hasta la esquina, que forma la tienda conocida con el nombre de la Corona; y habiéndolo empujado para fuera de ella, lo voltearon para el frente del principal, le prendieron fuego, y luego que disparó lo abandonaron y se retiraron. Como todas esas maniobras las ejecutaban muy arrimados á la pared, procurando con el mayor cuidado, que no lo notasen los realistas, no es extraño, que algunos de ellos como D. Pedro Argons se hubiesen avanzado al punto, en que estaba el cañon con el objeto de quitarlo por la fuerza, en atencion, á que habiéndolo dejado absolutamente solo, no habia necesidad de lucha alguna. El haberlo traído cuando los insurgentes habian desistido ya de apoderarse de Guanajuato, dió á conocer, que ya no esperaban mas que á causar algun daño, aunque no se supo, si fué por disposicion del mismo García, ó de sus aliados. El caudillo se retiró precipitadamente á la ha-

cienda de Cuevas, desbandándose la multitud, que lo seguía, y en la retirada se llevó á D. José María Rubio, sugeto de una familia distinguida, al que hizo su Secretario, que son las mismas palabras que aparecen en el folio 397 de la Historia, á que se refiere la presente. D. José María Rubio vivía en una casa propia situada en el punto, que se conoce, ya con el nombre del Campanero, ó ya del Tecolote, al pié de la calzada de las Carreras, en la que lo encontraron los invasores, cuando á consecuencia del triunfo obtenido en el Espinazo bajaron por dicha cuesta: lo retuvieron entre ellos durante el ataque, y como no se retiraron por la calzada, sino por los mismos cerros por donde habian venido á la madrugada, no fué al tiempo de su retiro, cuando se aprehendió á este sugeto, como se da á entender en las espresiones trascritas; mas volviendo á lo principal de lo ocurrido en ese dia, es cierto, que tan luego, que por el abandono absoluto del cañon, se conoció la huida de los insurgentes, hubo un repique general en celebridad de tan inesperado desenlase.

Este acontecimiento se tuvo en Guanajuato por una cosa providencial, como debido á la proteccion de la Virgen, que bajo la advocacion de ese nombre, se venera en la Parroquia de esta Capital; por lo que se le colocó en su nicho un cañoncito de oro, como recuerdo del que los insurgentes habian perdido en su precipitada y violenta retirada. Aunque la vista de la poca tropa, que venia, influyera en que desmayasen tanto los insurgentes que consideraran, el que todo se les habia malogrado sin esperanza de reponerlo, es evidente, que un auxilio tan pequeño, no bastaba en manera alguna para resistir, vencer y nulificar á los que atacaban. Reunido ese corto refuerzo á las dos únicas compañías, que quedaban en la plaza, apenas llegaria con estas á formar el número de trescientos hombres; ¿y estos solos serian capaces de triunfar de los muchos miles que componian, los que con

tanta audacia se empeñaban en apoderarse de la Capital? Jámas se ha visto, ni oido, ni sabido, el que en alguna época, ni campaña sea tan incomparablemente desproporcionado el número de combatientes, que por una parte tan solo haya trescientos, y por la otra doce mil, los que solo con manazos podian haber destruido á tan débiles é insignificantes contrarios. Dentro de pocas horas llegaron á la Capital las partidas que venian á reforzarla; mas habiendo manifestado los jefes, que si se demoraban en ella, habia el peligro, de que los insurgentes, que acababan de dejarla, invadiesen á Silao y á Leon, se veian en la necesidad de volverse pronto, lo que puso al vecindario atacado, en tanta inquietud y sobresalto con el temor de que los insurgentes repitiesen el ataque, que muchas familias trataban de abandonar sus casas, y de salir de la Capital; en vista de lo cual se dispuso, que de las fuerzas llegadas, quedara una corta guarnicion; y como poco despues llegaron tambien algunas tropas á las órdenes de D. Angel Linares y de Quintanar enviadas por el Coronel D. Pedro Celestino Negrete, el que con su division permanecía en los linderos de la provincia, cesó por entonces el miedo y la consternacion, entrando la poblacion en tranquilidad y sosiego.

Aunque ya no se notó que hubiese empeño en volver otra vez á invadir la Capital, pero si hubo mucho por ocupar varios lugares de su jurisdiccion y territorio. Al regresar de ella los dos jefes, que habian venido á reforzarla, encontraron en la hacienda de Cuerámara una partida de Albino García, á la que batieron, haciendo lo mismo en San Pedro Piedra Gorda con Salmeron, al que le quitaron el ganado, que habia recogido en la hacienda de las Arandas. A Celaya que varias veces habia sido atacada y defendida le intimó rendicion en Diciembre el Padre Domingo Fray Laureano Saavedra, Brigadier insurgente, el que despues fué atacado en Salva-

tierra por Guizarnótegui, quien le quitó tres cañones de bronce, tres de madera, le mató mucha gente, y lo puso en fuga; de suerte, que no habia en toda la provincia lugar alguno, que no fuese atacado por los insurgentes. Tan continuas invasiones confirmaban los fundados temores, que Calleja habia manifestado sobre las funestas consecuencias, que originaría el separarse de la Capital dejándola indefensa y expuesta por lo mismo, á ser presa de las numerosas gavillas, que por todas partes andaban; pero sin embargo, el Virey no cesaba de estrecharlo, á que se pusiese en marcha; por que ademas de ignorar el riesgo, en que habia estado Guanajuato, se hallaba con el apuro, de que el peligro, en que se veian los puntos mas inmediatos á la Capital, en que residía, lo obligaban á sostenerlos y libertarlos con preferencia á los mas distantes. Los sucesos de Toluca le habian puesto en cuidado tan grave, que en 31 de Octubre le dirigió orden estrechísima, para que inmediatamente saliese á la expedicion, que le tenia prevenida, lo que contribuyó mucho al aumento de las desazones, que entre ambos habia. Calleja recibió esta orden á la segunda jornada, despues de su salida de Guanajuato, á la que contestó, que estaba ya en camino, y que para moverlo, no habia sido necesaria una prevencion tan fuerte, en atencion, á que para obedecerla y cumplirla, bastaban, las que se le habian librado anteriormente.

A los pocos dias del ataque de Albino García, que como ya se dijo, fué en 26 de Noviembre, se dió paso á cerrar las entradas á la Plaza Mayor, por medio de gruesas trincheras; y aunque tambien se consideró necesario fortificar el Cerro de San Miguel, y el del Cuarto, pero como estas operaciones demandaban algun tiempo, se reservaron para el año siguiente. Calleja en el entretanto continuaba su marcha; y habiendo llegado á Acámbaro, tuvo allí una entrevista con Trujillo, que salió de Valla-

dolid hasta ese punto, y en el mes de Diciembre se situó en el pueblo de San Felipe del Obraje, en donde se detuvo algunos dias, esperando los obuses y municiones que le debian de mandar de México, y que se verificase su combinacion de movimientos, que propuso con las fuerzas de Toluca mandadas por Porlier; y en seguida continuó los suyos, hasta aproximarse á Zitácuaro, como efectivamente se aproximó con su ejército á fines del referido mes; pero no habiendo comenzado el ataque hasta el inmediato Enero, se reserva hablar de él, así como se indicó con respecto á las fortificaciones en las alturas de Guanajuato; porque la materia principal de este capítulo se contrae á lo ocurrido en todo el año de 1811.

FIN DEL LIBRO I.